

UN SUEÑO PARA VENEZUELA

Trino Márquez

El libro de Gerver Torres, *Un sueño para Venezuela. ¿Cómo hacerlo realidad?*, convertido en un verdadero suceso editorial, es una sugerente invitación a (re)pensar al país desde tres perspectivas que se integran en un todo coherente. Los tres vértices definen la estructura del texto. ¿Dónde estamos? ¿Cómo salimos de aquí? y ¿A dónde podemos llegar? Es un libro que, a pesar de abordar temas áridos y de enorme complejidad, es de lectura grata. Su estilo pedagógico le permite al lector transitar por la historia económica y social reciente de la nación, e ir viendo cómo nos fuimos hundiendo en esas aguas pantanosas en las que hoy nos asfixiamos. Gerver Torres no se queda en el diagnóstico. Sólo lo utiliza como recurso y excusa para formular el conjunto de proposiciones que, de instrumentarse, nos permitirían superar el estancamiento en el que ahora nos encontramos. No les voy a quitar el placer de ir descubriendo en las páginas de *Un sueño...* las claves que el autor nos da para que el Estado y la sociedad, en una acción concertada, puedan construir un país más justo y moderno. Más bien me valdré de su libro para expresar algunos comentarios que invitan a la lectura de esas excelentes líneas.

Una tesis muy importante que, sin ser explícita, recorre el trabajo de Gerver Torres está ligada a su visión del liderazgo político y al papel del Estado y, en consecuencia, del Gobierno. Desde el 6 de diciembre de 1998, cuando Hugo Chávez triunfa en las elecciones presidenciales, recobra vigor entre las amplias mayorías del país la imagen del líder como figura mesiánica colocada a la vanguardia de un proceso de cambio radical, cuyo objetivo es triturar el *ancien régime*. El mismo Chávez se encarga de promover esta estampa que, sin duda, marcha a contrapelo de la historia. Las democracias más avanzadas del mundo han despojado al liderazgo y a las reformas de toda grandilocuencia. Líder democrático es aquél que, sin atropellar los derechos de las minorías ni arrogarse poderes que no le corresponden, sabe utilizar su capacidad-conductora para resolver los problemas que surgen de la vida colectiva. El líder genuino es capaz de ensamblar la maquinaria del Estado, en especial su aparato administrativo, el Gobierno, para facilitar la marcha de la sociedad. Cambios reales son los que mejoran la calidad de vida y elevan el bienestar y la seguridad de la gente. Lo demás es adjetivo.

La visión épica de las transformaciones pertenece al siglo XIX y comienzos del XX. Los cambios súbitos que implican rupturas definitivas y totales con todo lo anterior, corresponden a una fase en la que existían alternativas políticas y teó-

ricas al capitalismo y a la democracia liberal. A la época en la que el Socialismo aún no había fracasado como modelo económico y como esquema para el ejercicio de la autoridad. Ahora, después de la debacle socialista, cuyo punto culminante está representado por el desmoronamiento de la URSS, la economía de mercado y la democracia liberal se consolidan de forma indiscutible como el único patrón que permite combinar el bienestar con la libertad. En esta nueva atmósfera las revoluciones apocalípticas representan reminiscencias de un pasado ominoso. Los países han optado por cambios graduales que les permitan superar las dificultades y avanzar progresivamente por el camino que los nuevos tiempos han trazado. Las transformaciones apuntan hacia el respeto al individuo y a las instituciones propias del Estado de Derecho, la apertura económica y la reducción de los controles estatales, la disminución de los desequilibrios sociales y la pobreza, el fortalecimiento de la educación, la promoción de la participación social, el incremento del control social sobre la gestión pública, la concertación entre el capital y el trabajo. Ahora se trata de promover todas las reformas que fomenten la participación en un clima de confianza y seguridad, todo para propiciar el crecimiento económico enmarcado por la equidad social.

Para que un país logre este tipo de cambios tiene que romper, aquí sí cabe la noción de ruptura, con inveterados prejuicios enraizados

en esquemas autocráticos de ejercicio del poder y en modelos intervencionistas, que ahogan o restringen en exceso la iniciativa privada en la actividad económica. Los conductores del Estado y del Gobierno tienen que asumir la difícil tarea de actuar como facilitadores de la vida en comunidad. Los verdaderos protagonistas de un país no son quienes circunstancialmente ocupan cargos públicos, no importa cuan encumbrados sean, sino los millones de hombres y mujeres que día a día van tejiendo esa red que asegura la permanencia de los países. La responsabilidad básica de ese giro la tiene el líder. Es a éste a quien corresponde asegurar que las leyes e instituciones prevalezcan sobre los personalismos y los caprichos. Un país no puede superar las dificultades mientras el líder vapulee al Estado de Derecho e ignore la Ley. Los éxitos sobre la base de los atropellos son transitorios. Nunca se traducen en esos logros permanentes que impulsan a las naciones hacia estadios superiores.

Gerver Torres propone establecer un nuevo contrato que coloque a la Sociedad y a los ciudadanos como los protagonistas estelares de la vida nacional, mientras les confiere al Estado y al Gobierno la relevante función de actuar como esos actores secundarios que, sin desplazar a las estrellas, garantizan que la trama fluya y el guión se arme de forma coherente.